

CAMBIAR LA HISTORIA, CAMBIAR EL MUNDO.

Napoleón Bonaparte, Fernando el Católico, Alejandro Magno, Cervantes, Leonardo Da Vinci, Cristóbal Colón... Seguro que con solo mencionarlos todo el mundo sería capaz de decir quiénes eran o incluso por qué los reconocemos ahora. Pero cuando nombramos a Matilde de Inglaterra, Olympe de Gouges, Ana Bolena, Isabel I... Muy pocas personas sabrían decir de quienes se tratan sin mencionar a sus esposos. La desigualdad de género está presente en muchos ámbitos de la vida, pero, sin duda, en la historia del mundo es donde mejor se aprecia. Por eso, aunque nunca podremos cambiar lo que sucedió en el pasado, sí que podemos imaginarlo y tratar de cambiar el presente y futuro con historias como esta.

Año 1479, el viejo continente y las costas de África y Asia pronto dejarán de ser los únicos territorios conocidos. Después de un siglo marcado por hambrunas y epidemias, este prometía ser uno de esos siglos que se recordarían siempre, y así fue. Mientras, en Castilla, la guerra de sucesión llegaba a su fin. Isabel I se convirtió en la primera mujer en ocupar un trono en España. Esto, obviamente, se convirtió en un hecho histórico para todos. En ese momento, yo estaba a punto de nacer. El reinado de Isabel I fue de todo menos aburrido, junto con su marido, consiguió expulsar a los árabes de nuestro país o financió los viajes de Colón, que lo elevarían a la gloria. A mí, este nuevo reinado, me supuso mucho, ya que mi madre había conseguido algo impensable hasta entonces. Cuando yo nací, todos se llevaron una gran decepción, como era normal en la época. En el momento que yo vine al mundo, ya tenía un hermano varón, Juan, pero él moriría demasiado joven. También estaba mi hermana, Isabel, ella sería la primera en nacer. A mí me llamaron Juana, casualmente coincidía con el nombre de la otra aspirante a la corona de castilla, apodada por muchos “La Beltraneja” como modo de burla, pero

después me explicaron que así se llamaba el patrón de nuestra familia y de ahí también el nombre de mi hermano. Crecí rodeada de lujos y riquezas y recibí la educación propia de una infanta que muy improbablemente llegaría al trono. Yo fui una niña bastante inteligente y curiosa, era capaz de hablar a la perfección francés o latín y también me gustaba la danza y la música. Mis padres me casaron cuando yo solo tenía 17 años, todos los matrimonios de la época solo eran de carácter estratégico, y el mío solo sirvió para mantener unida a España con Austria. Por eso, me uní en matrimonio con Felipe de Austria, apodado por todos “Felipe el hermoso” y como era de esperar, me enamoré perdidamente de él. Al cabo de los años, yo seguía amándolo pero él me engañaba con otras mujeres, además, en la época no pasaba nada si el hombre era infiel y yo eso no lo entendía. Como era normal, entraba en cólera cuando lo veía con otras, y así empezaron a acusarme de discapacidad mental. Yo no era capaz de darle explicación a las desigualdades de género de la época y no pensaba quedarme quieta ya que de alguna forma sabía que mi misión no era solo reinar (y nunca llegaría a hacerlo) sino que tenía que cambiar la manera de pensar de la sociedad para las generaciones futuras. Mi madre, la primera reina de Castilla, murió en 1504 y dejó plasmado que su deseo era que yo reinara en Castilla, pero como era de esperar, los varones que me rodeaban, no me lo permitieron. Yo no tenía derecho a opinar sobre mi futuro, ellos lo manejaron todo. Mi padre tras el fallecimiento de mi madre se marchó a gobernar a Aragón y cuando creía que el trono castellano era mío, se interpuso mi marido para arrebatármelo. En ese momento sentí que era hora de actuar. Sabía que me habían acusado de esquizofrenia por tanto sería difícil. Lo primero que hice fue hablar con mi marido y reivindicar mis deseos de reinar. Obviamente fui ignorada y además se burló de mí. Me explicó que eso sí que era una locura y que una mujer era incapaz de hacerlo. Mi padre, que entonces reinaba en Aragón, se enteró de mis deseos de gobernar y decidió junto

con Felipe encerrarme en una torre. No me encerró sola, estaba acompañada de mi hija, Catalina. No pude impedir el encierro pero sabía que no quedaría así. Pasé allí muchos años mientras ideaba un plan. Un día, mi hija salió para casarse y aproveché la oportunidad. Gracias a mi inteligencia y a algunos contactos, salí de allí sin causar revuelo. Anduve día y noche cubierta con mantas hasta llegar a una ciudad. Allí, estuve reposando y pensando cual sería mi siguiente destino. A la mañana siguiente, escuché a varias mujeres hablando mientras lavaban sus trapos en el río. Decían muchas cosas, verdades y mentiras, pero lo que más me interesó es que afirmaron que el rey Carlos, mi hijo, estaba en Tordesillas, según ellas, se quedaría algunos meses gobernando en España antes de retornar a Alemania. Entonces se me ocurrió una gran idea, sabía que era bastante arriesgada pero también que se trataba de una de las pocas opciones que tenía para conseguir esa igualdad que tanto deseaba. Yo estaba cerca de Tordesillas y andando o montándome en carros tirados por mulos, conseguí llegar. Sabía que tenía algunos contactos allí, porque yo sigo siendo hija de reyes pero la vida puede cambiar mucho y hoy tengo que esconderme por miedo. Llegué a una posada, la posada de una de mis maestras de danza. No me reconocieron al principio, como era de esperar, pero tras algunas explicaciones me dieron de comer y beber además de un espacio donde descansar. Tenía perfectamente organizado mi plan, confiaba en que nada saliera mal. Al día siguiente, me dirigí a la plaza de Tordesillas, allí había cientos de personas, algunos vendían y otros compraban productos, los niños jugaban mientras las campanas de la iglesia repicaban. Entonces aproveché para iniciar la protesta. Aproveché el escenario donde se ajusticiaba a las personas y comencé a gritar:

“Caballeros, señoras, seguro que nadie me reconocerá, ya que no voy con caros mantos ni con zapatos de piel, soy Juana, la reina de Castilla, soy madre del actual rey, aquella que dabais por muerta. Seguro que nadie me creará pero debéis confiar en mí. Durante

una década he estado encerrada en lo más alto de una torre, ¡pero he conseguido llegar hasta aquí y por eso, por favor, escuchadme! No puedo soportar esto más tiempo, no puedo seguir viendo como las mujeres pasamos a un segundo plano en esta sociedad. Somos igual de importantes que los hombres. Sin nosotras no habría vida ni nada tendría sentido. Yo he tenido que soportar muchos obstáculos a lo largo de mi vida y ya no aguanto más. Todos los hombres de mi vida se han interpuesto en mi camino al trono pero no me pienso rendir y voy a recuperar lo que es mío. Muchos pensaréis que estoy loca, de hecho, seguro que así seré reconocida a partir de ahora pero no me importa. Las generaciones futuras tienen derecho a vivir en igualdad. Nadie es mejor que na...” En ese momento, un caballero al servicio del rey me arrestó para llevarme al castillo del rey. De camino, pensé en lo que acababa de hacer, era una locura, sí, pero **una locura necesaria**. Recordé las caras del público cuando comencé a hablar y, un poco decepcionada, pensé si había servido para algo. Cuando llegamos, me llevaron directamente ante el rey, En cuanto lo vi, comencé a llorar, recordé cuando jugaba con él y como le gustaba esconderse por el castillo. Estaba igual. No quería que me reconociera, sabía que mi marido, Felipe, le había mentado afirmando que yo estaba muerta y no podía distraerse en este momento. Así que, di un nombre falso y me hice pasar por una campesina más. Después de un largo juicio, solo quedó en que tendría que pagar algo de dinero, pensé que iba a ser mucho peor. Cuando disponía a irme, el rey, me agarró del brazo.

-¿Madre? Preguntó

- Me quedé unos segundo bloqueada. No no, yo no soy tu madre.

-Me han dicho que dijiste en la plaza que eras Juana, Juana de Castilla. Además, como no iba a reconocerte madre.

Por primera vez, algo había fallado en mis planes, se me olvidó por completo que ya me descubrí en la plaza. No me quedó más remedio que afirmarlo. Carlos, asombrado y entre sollozos, mandó a que me trataran como una reina, como la reina que soy.

Tras dos meses viviendo en palacio, estaba cansada de dar paseos o jugar al ajedrez durante horas. Un día, le dije a mi hijo que yo quería reinar en el territorio que me pertenecía, porque para eso había vuelto a aparecer. Su contestación ya me sonaba familiar. Afirmaba que las mujeres no podían hacerlo. ¿Entonces tu abuela Isabel? Pregunté. Pero me respondió que solo fue obra de su marido, Fernando. Pienso reinar con tu ayuda o sin ella porque todos somos capaces de todo. Tras estas palabras se asustó y, como su padre, volvió a encerrarme. Esta vez, en las mazmorras del castillo. Entre lágrimas pasé allí casi dos semanas. No sé que me daba más miedo, si la oscuridad de la noche o la idea de pensar que iba a morir sin cambiar las normas.

Un día, mientras dormía, el guardia abrió la puerta y me exigió que saliera por orden del rey. Salí apresurada de allí, cuando llegué a la puerta del castillo, cientos de personas (la mayoría mujeres) con antorchas gritaban mi nombre. Una de las mujeres comenzó a hablar y afirmó que mi discurso de la plaza había cambiado su forma de pensar y que iban a luchar para que yo recuperara mi trono. El rey, por miedo de una revuelta, aceptó compartir el trono. Yo reinaría en mi Castilla, él partiría a Alemania.

Así fue como conseguí crear una sociedad igualitaria. Todo el esfuerzo había merecido la pena. Había logrado lo imposible. Por eso, cuando ahora te pregunten si conoces a Juana la loca podrás decir, yo no conozco a ninguna Juana la loca, yo solo conozco a Juana de Castilla, una mujer capaz de cambiar las normas.

FIN